NADA QUE DECIR

colección andanzas

Luces de emergencia

No es más que una tarada sentada al volante mirando fijamente el móvil. Todavía es joven, pero ya es alguien que fue otra persona, al menos, una mujer. Ahora solo espera quieta a que pase algo, que la niña deje de llorar detrás, que el padre llegue a recoger a la criatura, que aparezca un mensaje en la pantalla. Algo.

Respira en rojo con las luces de emergencia clin clon clin clon. Por la ventanilla ya aparece el padre, viene a por lo que es suyo. La sonrisa como una garra que se apropia, la sonrisa que antes también era para ella en las terrazas de los bares y en las bodas. Apresurada, se baja del coche, le entrega la niña y la bolsa de ositos con lo que se le ocurrió meter dentro. Él le pregunta ¿estás bien?, ¿estás bien? Pero no escucha, se responde a sí mismo con su mirada compasiva, la abraza y le pincha todo el cuerpo. Ellos iban a ser diferentes, iban a ser felices, en cambio ahí están y se pone a llover a mares como venganza. Ella sintió el peso de

las nubes, en estos meses se ha convertido en una vaca que muge nerviosa y mueve el rabo cuando se acerca la tormenta. A él le coge desprevenido, como le pasa con todo lo que ella dice, y corre, corre acobardado hasta la casa. Ella ya no sabe cómo se hace, las vacas no corren, las vacas se guarecen. La niña continúa llorando, más fuerte, para que la oiga a pesar de las paredes, del cielo negro, a pesar de los truenos. Ya no distingue la lluvia del llanto, ya no espera que deje de llorar, ahora quiere que siga, que le estropee un rato la vida al padre, al fin y al cabo es su hija, algo habrá sacado de su madre, además de los ojos tan hundidos en la cara.

Los imagina con la estufa del salón encendida, se quitarán los abrigos, él habrá hecho sopa, le habrán dado sopa. La niña ya no se acordará de ella, podría no volver nunca más y daría igual. Todavía no dice mamá ni nada que se entienda, solo dice no; su madre es no, su padre es no, y la comida y la leche es no. La niña responde que no a todo, incluso a lo que sí quiere. Ojalá contestar no o no contestar. A ella le gustaría hablar ese idioma y seguir siendo la única que puede entender a qué no se refiere exactamente.

Sigue lloviendo, espera resguardada y quieta con el clin clon clin clon; la vecina de al lado descorre los visillos para ver quién la acecha desde el coche, no debe de reconocerla y lo mismo llama a la policía. Si vinieran le pedirían papeles y le pedirían explicaciones,

qué hace ahí parada, no se puede estar quieta dentro del coche de un hombre muerto, aunque sea el de su padre, con los ojos fuera de la cara clavados en una pantalla y una caja de condones en la guantera. Debería darle vergüenza, con la sillita de un bebé detrás, el olor agrio de la leche que la niña echó en las curvas y los restos de gusanitos por todos lados. Tiene que volver al agujero del que haya salido, esconderse y, si no tiene dónde, será mejor que se ponga en marcha y no se detenga donde pueda incomodar.

Ella les explicaría que en este instante no es más que una mujer esperando a que un tipo responda al mensaje que le envió hace un rato y que entonces, si contesta, está dispuesta a arrancar el motor y a conducir más de dos horas en plena noche de tormenta para ir a verlo.

Es un tipo al que ni siquiera conoce en persona todavía. Solo tiene una dirección incompleta y unas cuantas fotos. Un par son de su polla. Un tipo que casi nunca usa la h y que solo acierta a escribir alguna palabra bien. Hablan de lo que han comido, de la serie que han visto o sobre las fotos de sus cuerpos. A él le gusta contarle lo que quiere hacerle y leer lo que ella le hará. La llama bonita, le manda caritas que tiran besos y usa la palabra follar. Le pidió que fuera a verlo, pero ella ya no tenía coche, lo había perdido en el divorcio. No, en realidad no lo perdió porque no puedes perder lo que nunca ha sido tuyo. Con ese

desapego se desprendió del coche, del hogar, del matrimonio y del amor. Por eso cuando se fue, solo se llevó su ropa, sus títulos y sus libros.

Esta mañana ha rebuscado en los cajones donde su madre conserva las cosas de papá. Ha cogido las llaves primero y el coche después; pensó en la palabra robar, pero ella no sabe si eso es robar, si a los padres se les roba o si a los muertos se les puede pedir prestado. Y ya sentada al volante ha tenido que arrancar el coche y recordar las palancas, sus manos y sus pies moviendo una tonelada de hierro otra vez, y aquello andando con ella dentro, aún con el olor a colilla mojada.

Todavía huele. Si aparecen policías y llaman a su madre para que corrobore la versión, la madre lo hará, porque ya lo sabe, que se llevó el coche. Se lo dijo por teléfono, aunque ahora viven juntas, o bajo el mismo techo, que no es lo mismo. Ella prefiere hablarle desde lejos, a un botón de distancia de poder apagarla, y así la llamó, poniendo voz lastimera, aunque tal vez la madre ni habría notado que faltaba el coche, pero de habérselo pedido la madre le hubiera contestado espérate que lo hablemos con tu hermano, porque no van a estar decidiendo ellas solas, una vieja y una parturienta.

Ella le dijo que lo necesitaba como madre, porque a una madre todo el mundo le echa una mano, está muy feo no ayudar a una madre con su bebé, y le ofrecen el asiento y le perdonan los céntimos que no

encuentra y que se cuele para comprar el pan porque tiene prisa por volver, por darle de comer, bañarla con jabón neutro y ponerle el pijamita. Lo que no puede decirle a su madre es que el coche, el viaje en plena tormenta, la visita a este tipo y todo lo que hace es porque necesita matar a otro hombre, un hombre que ya no es de carne y hueso, un hombre que ya solo es el recuerdo de un amante que se resiste a desaparecer, un hombre que quiere extirparse sin sangrar, porque lo tiene como un tumor en todo el cuerpo. Está en las ideas y está en las palabras, y la palabra labios ahora son sus labios, y la palabra manos son sus manos y todas las palabras que alguna vez le dijo ya son sus palabras.

Y le tendría que haber explicado que tiene esa historia clavada con letras afiladas y que, como un veneno, solo podrá sacarla con otras, unas que formen un caos y un desorden que borren el rastro, porque sabe que si hay alguna opción de enterrar su nombre será junto a fotos vulgares y faltas de ortografía, cavar hondo en un desierto yermo de haches y de toda gramática. Y rezar por poder salir.

Quiere contarle a su madre, a la policía, a sus amigas, a sus jefes, también a su marido-exmarido, que necesita conducir lejos, huir de la felicidad del hogar, del calor de la oficina, de los libros y de la música, de todo intelecto; que solo ansía llegar a ese páramo donde se hable de otro modo, con otro acento, más ce-

rrado, más tosco y encontrar un milagro, una aparición en mitad de la nada, sentirse la niña Bernadette frente a la Virgen de Lourdes, una pastorcita desprovista de entendimiento, preparada para recibir un mensaje en su cuerpo que no entienda, pero que borre esta obsesión. O desbarrancarse por el camino.

Lo civilizado

Lleva un vestido ajustado, casi se vio guapa al salir de casa. Se revisa el maquillaje en el espejo del parasol. Sigue sentada al volante esperando a que pase algo, a que llegue la policía o a que llegue el mensaje, cualquier cosa que le quite el impulso de ir hasta la casa del hombre tumor, y llamar y empujar a su mujer y decirle vengo a por tu marido, asustar a su hijo y arrastrarlo a él por los pelos. Pegar bocinazos en su puerta o, al menos, secuestrarle al perro.

Sin embargo, lo civilizado. La familia y los amigos les dicen que están siendo muy civilizados con el divorcio. Qué porquería le parece lo civilizado desde dentro de este coche. Los civilizados ya la echaron de la familia, del futuro, de la casa y del matrimonio y ahora no es más que una criatura domesticada que intenta olvidar lo teórico, lo educado y lo abstracto que tantos años gastó en aprender, en titularse. Estudió funciones y códigos, lenguajes de programación,

inteligencia artificial, para qué, para llenar la habitación de diplomas con su nombre, unos amuletos de papel que contenían el enfado, que le hicieron creer que podía escapar de la cueva, del baño con las cosas de papá, de la cocina de su madre, que podía aprender a dar abrazos y besos, que podía incluso pronunciar la palabra amor.

Una cueva, la casa en la que nació y creció, pero que ya tampoco es su casa. Si alguna vez lo fue, la perdió nada más irse. A los pocos días ya no tenía un sitio donde dormir, su cama fue sustituida por un escritorio más grande, el hermano necesitaba más espacio, un lugar donde expandirse y colocar sus pertenencias, aunque a ella siempre le quedaría el sofá del salón, como a una invitada que jamás tuvieron. Nunca lo necesitó. Hasta ahora. Por suerte, su madre ha conservado la habitación del hermano a buen recaudo, porque siempre hay alguna mujer que acecha y que puede quitarle su piso, hacerse una barriga, quedarse con todo y entonces él tendría que volver. Ahora ella y la niña duermen en ese templo, una mazmorra, lo mismo da, un pequeño universo de color provenzal tras una puerta que ya no conserva el pestillo que durante años preservó la intimidad de su hermano.

La madre tampoco ha conquistado el espacio, se comporta como un ama de llaves en su propio hogar: duerme en el sofá para oír si alguien intenta abrir la

puerta, lava sus cosas a mano para no usar la lavadora, escucha un transistor pegado a la oreja en lugar de poner la radio y nunca enciende el aire acondicionado o el televisor grande del salón.

El escenario de su madre siempre ha sido la cocina y, aunque lo intente, ella no puede diferenciar sus días de pequeña porque se le aparecen como una sola toma. Su madre era toda su referencia y siempre estaba ahí, entre los azulejos amarillos, fregando, hirviendo algo o viendo el pequeño televisor, nunca sentada, siempre de pie. Su madre era un personaje atascado en una misma viñeta. En sus juegos, la niña siempre era una mujer sin hijos y sin cocina. La niña no soportaba la ropa ni los peinados de las vecinas, cómo caminaban con las bolsas de la compra, que le dijeran que estaba cada día más alta; también odiaba a las madres de sus amigas cuando las veía poner todos sus sentidos en envolver perfectamente las meriendas con papel de aluminio o en doblar los calcetines haciéndolos una bolita; odiaba a su tía que también era madre y que los compadecía por vivir en un piso tan pequeño, y odiaba a su madre, a su propia madre, que solo contestaba a la tía cuando ya se había ido y ya no podía escucharla, pero sobre todo la odiaba cuando la oía reírse con algo de la televisión en la cocina, siempre a escondidas, a solas, nunca una risa delante de ella. La niña decidió que de mayor no sería madre, ni siquiera sería una mujer. Ella quería ser papá, un

padre cualquiera: alto, guapo y fuerte; conducir, ir y venir todo el rato; que en casa se hiciera el silencio con el sonido de sus llaves; que dentro comprobaran que la música no estaba muy alta y que los hijos habían dejado de pelearse. Quería que todo el mundo notara cuándo había llegado y cuándo se había ido. Tener una voz grave, decir palabrotas y que, incluso estando en silencio, le tuvieran respeto, o miedo, si acaso no era lo mismo.

Pero la niña nunca asustó a nadie, se hizo mujer y después madre y de nuevo criatura, una endeble que ya no piensa, que solo tiene miedo, hambre y deseo, que ansía al hombre tumor, tenerlo dentro una vez más, siempre, que la ocupe entera, que desplace todo conocimiento, mantener si acaso lo imprescindible: las frases para sus clientes, para las reuniones, para sus jefes. Ahora todos ellos son su padre y son su marido. Su destino y bienestar les pertenece, tienen en sus manos su futuro o su ruina. Bien sabe que les debe la ropa que viste y los zapatos que gasta, les tiene que estar agradecida por la comida caliente y por las cervezas frías, rezarles por cada ansiolítico que traga e incluso honrar sus nombres en cada kilómetro de carretera por la gasolina que puede pagar para alejarse de todos ellos.